

nes fueron las últimas que pronunció el bendito Mártir San Esteban quando le apedrearón los Judios, con las quales terminó su vida este enfermo, habiendo muerto poco despues.

17 Concedió allí el mismo Santo Mártir la salud á dos enfermos, que padecian la gota, uno vecino de aquel pueblo, y otro extrangero; aunque es cierto que el primero sanó del todo, y el segundo supo por revelacion lo que debia aplicarse quando le doliese la pierna, y en efecto, usando de esta medicina, luego cesaba el dolor.

18 En una aldea, llamada Auduro, hay una Iglesia, y en ella una reliquia del Mártir San Esteban. Unos bueyes desmandados con su carreta, tropellaron con las ruedas á un muchacho pequeño, que estaba jugando en las eras, y al momento palpitando todo su cuerpo, espiró; pero cogiéndole su madre en los brazos, le presentó á San Esteban, y no solo resu-

citó, sino que se halló libre sin lesion alguna de la desgracia pasada.

19 Una Beata, que vivia allí cerca en una granja denominada Caspaliana, cayó enferma, y desesperanzada de poder sanar, traxéron su túnica á tocarla con la santa reliquia, y antes que volbiesen con ella murió la enferma. Sin embargo, sus padres cubrieron el cuerpo difunto con la túnica, y recobrando el espíritu, se libertó de la muerte, resucitando sana y buena.

20 En Hipona, cierto hombre llamado Baso, natural de Syria, se puso en oracion delante de la reliquia del mismo Santo Mártir, rogando por una hija que tenia enferma y en eminente riesgo, conduciendo á la Capilla el vestido de la doliente: y ved aquí que llegan corriendo los criados de su casa con la fatal nueva de que era difunta su hija; pero como estuviese aun Baso en oracion, sus amigos que le acompañaban, los detuvié-

ron y ordenaron que no diesen tan triste noticia al padre, para evitar de que fuese llorando amargamente por las calles: el qual como volviere á su casa, que estaba ya llena de los llantos de los suyos, arrojando sobre la hija su vestido que traia consigo, resucitó, recobrando nueva vida.

21 Igualmente, en el mismo pueblo entre nosotros murió de enfermedad el hijo de un Cobrador de Rentas, llamado Ireneo, y estando tendido el cuerpo difunto, y disponiéndole ya con gemidos y lágrimas las exéquias, uno de sus amigos, entre los consuelos que otros le daban, le advirtió que untase el cuerpo con el aceyte de la lámpara del mismo Santo Mártir: hizolo así, y revivió el hijo.

22 Asimismo, aquí entre nosotros, Eleusino, Tribuno, puso á un niño hijo suyo, que se le habia muerto de enfermedad, sobre la reliquia del Santo Mártir, que está en una aldea suya propia, y despues de haber hecho oracion con mu-

cho fervor y copiosas lágrimas, allí mismo le recibió vivo.

¿Qué haré ahora? pues me insta la palabra que dí de acabar esta obra, de forma que no puedo relacionar todo lo que sé, y sin duda que la mayor parte de nuestros Católicos quando leyeren estos prodigios, se quejarán justamente de mí, porque he omitido muchas maravillas, de las cuales como yo tienen exácta noticia: á quienes suplico me perdonen y consideren quan largo seria emprender lo que me fuerza el que no execute aquí la necesidad del fin que me he propuesto en esta obra; pues dexando aparte otras particularidades, si quisiera escribir solamente los milagros de las curaciones prodigiosas que ha obrado este Santo Mártir, digo el glorioso San Esteban, en la Colonia Calamense y en la nuestra, fuera indispensable formar muchos libros, y sin embargo no seria posible recopilarlos todos, sino unicamente aquellos de los

quales nos han entregado memorias ó relaciones circunstanciadas para que se reciten y publiquen al pueblo. Y quisimos que así se hiciese, advirtiendo que tambien en nuestros tiempos obraba Dios muchas señales y milagros muy semejantes á los antiguos, los que no era regular que muchos ignorasen. En atencion á que no hace aún dos años que se puso en Hípona la Real esta memoria, y habiendo infinitos prodigios, de los quales es indubitable que no se han presentado testimonios, los que han exhibido llegan ya casi á setenta quando ya escribia estos. Pero en Calama, donde el mismo memorial tuvo su primer exordio y se dan con mas frecuencia, es increíblemente mayor el número de los milagros que se refieren. Sabemos tambien de otras muchas maravillas que ha obrado el mismo Santo Mártir en la Colonia de Uzali, que es cerca de Utica, cuyo testimonio archivó allí mucho antes que tuviésemos noticia de él

en este país el Obispo Evodio.

23 Mas no hay allí costumbre de dar memoriales, ó por mejor decir, no la hubo antes, porque acaso al presente habrá ya comenzado á usarse; pues hallándome en aquel pueblo hace poco tiempo, exhorté con beneplacito del Obispo de dicho lugar á Petronia, Señora ilustre, que habia sanado milagrosamente de una peligrosa y larga enfermedad (en que nada aprovecharon todos los remedios que usaron los Médicos), á que diese su relacion para que se recitase al pueblo, á lo que condescendió gustosamente. En el qual insertó tambien lo que aquí no puedo pasar en silencio, aunque me obliga á apresurar lo que me resta de esta obra. Dice que la persuadió un Judío á que metiese en una cinta hecha de cabellos un anillo, y se le ciñese á raiz de la carne debaxo de todos los vestidos, y que el anillo tenia debaxo de la piedra preciosa una piedra que se halla en los ri-

ñones de los bueyes ²³, ceñida con este en la apariencia remedio, caminaba á la capilla del Santo Mártir. Pero habiendo salido de Cartago, y llegando cerca del rio Bragada ²⁴ se detuvo allí en una heredad suya, y levantándose para continuar su camino, vió delante de sus pies en el suelo aquel anillo, y admirandose tentó la cinta de cabellos en que le traía atado, y hallandole atado como le había puesto, con sus nudos muy firmes, sospechó que el anillo se habría quebrado y soltado; pero hallándole tambien íntegro, maravillada aun mas, en cierto modo tomó un buen pronóstico y seguridad de la salud que esperaba, y desatando la cinta, juntamente con el anillo la arrojó en el rio. No darán crédito á esto los que no creen que nació nuestro Señor Jesu-Christo, quedando íntegra y Virgen su Santísima Madre, ni que entró á visitar sus discípulos estando cerradas las puertas: pero á lo menos busquen y averi-

guen esta maravilla, y si hallaren que es verdad, creerán tambien aquella. La muger es muy conocida, de familia noble, casada ilustremente, vive en Cartago: insigne es la ciudad, insigne es la persona, no dexarán de manifestar la verdad á los que quisieren exâminarla. Por lo menos el mismo Santo Mártir, por cuya intercesion ella sanó, creyó en el Hijo de la que permaneciô Virgen inmaculada, en el que entró á ver sus discípulos estando cerradas las puertas. Finalmente, que es el motivo por que decimos todas estas particularidades, creyó en aquel que subió á los cielos con la misma carne con que resucitó, y por eso obra el Señor tan estupendas maravillas, porque por esta fe puso y dió su vida. Asi que, tambien ahora se hacen muchos milagros, obrándoles el mismo Dios por medio de quien quiere y como quiere, el que hizo igualmente aquellos que leemos, aunque estos no son tan notorios como los otros, y para que

no se olviden, se suelen renovar con la frecuente leccion de ellos, como preservativo de la memoria; porque aun donde se pone exácta diligencia, como la que se ha empezado á poner aquí entre nosotros de que se reciten al pueblo los memoriales ó relaciones instrumentales de los que reciben los beneficios divinos, los que se hallan presentes lo oyen sola una vez, y los mas no se hallan presentes; de manera que ni los que lo presenciaron, pasados algunos dias se acuerdan de lo que oyeron, y apenas se halla uno que quiera contar lo que oyó al que sabe que estuvo ausente.

24 Uno ha sucedido aquí entre nosotros, que aunque no es mayor que los relacionados, con todo, el milagro es tan claro é illustre, que imagino no haber uno solo de los ciudadanos de Hipona que no le haya visto ó sabido, y ninguno que haya podido olvidarle. Hubo diez hermanos (siete varones y tres hembras) na-

turales de la ciudad de Cesaréa de Capadocia²⁵, no de humilde extraccion entre sus ciudadanos, sobre los quales vino el castigo del cielo por una maldicion que fulminó contra ellos su madre recien viuda, y desamparada de ellos con motivo de la muerte de su padre, muy sentida por una injuria que la hicieron, de forma que todos padecian un horrible temblor de miembros, y no pudiendo tolerar el verse así tan abominables y vilipendiados en la presencia de sus vecinos, por donde cada uno quiso se fuéron peregrinando por casi todo el Imperio Romano. De estos acertaron á venir aquí dos, hermano y hermana, Paulo y Paladia, conocidos ya en otros muchos pueblos por la notoriedad de su miseria. Llegaron á esta ciudad casi quince dias antes de la Pasqua; acudian diariamente á la Iglesia, y en ella oraban delante de la reliquia del glorioso San Esteban, suplicándole á Dios que los perdonase ya, y les

reintegrarse en su perdida salud : allí y donde quiera que iban se llevaban la atencion de todos los ciudadanos , y algunos que los habian visto en otras partes , y sabian la causa de su temblor , se lo referian á otros como podian. Vino la Pasqua , y el Domingo por la mañana , habiendo ya concurrido la mayor parte del pueblo , estando asido á las rejas del santo lugar donde se guardaba la reliquia del Santo Mártir , haciendo su oracion el insinuado mancebo , de repente cayó prostrado en tierra , y estuvo así un gran rato , como quien duerme , aunque no ya temblando como antes , aun quando dormia. Admirados los que estaban presentes , temiendo unos y lastimándose otros , quisieron algunos levantarle ; pero otros se lo impidieron diciendo , que era mas conveniente esperar á ver en qué paraba. En este tiempo se levantó , y no temblaba , porque estaba ya sano , y miraba á los que le observaban. ¿ Quién pues de quantos

le miraban dexó de alabar á Dios ? Llenóse toda la Iglesia de las voces de los que clamaban y bendecian á Dios : desde allí acudieron á mí corriendo donde estaba sentado para salir. Vienen atropellándose unos á otros , contando el último como cosa nueva lo que habia ya referido otro antes. Y estando yo muy contento , y en mi interior dando gracias á Dios , entró tambien el mismo con otros muchos , inclinóse á mis rodillas , y levantóse para recibir mi paz , salimos á la presencia del pueblo , estaba llena la Iglesia , y resonaban por todas partes los ecos de las voces de alegria de los que por uno y otro lado clamaban sin que ninguno callase , á Dios gracias , á Dios alabanzas. Saludé al pueblo , y volvian á clamar lo mismo con mayor fervor y en mas alta voz. En fin , sosegados y estando ya en silencio , leyéronse las solemnidades de la sagrada Escritura. Y en llegando á mi sermon hablé muy poco de

la doctrina alusiva al tiempo presente, y de aquella actual alegría; porque antes quise dexarlos á que ellos en la contemplacion de aquel divino prodigio gustasen de cierta celestial eloquencia no oyéndola, sino meditándola. Comió en mi compañía el hombre, y me refirió muy por menor toda la historia de la comun calamidad suya, de su madre y hermanos. Así que, el dia siguiente despues de concluido el sermón prometí que otro dia se recitaria al pueblo la relacion de aquel milagro. Lo qual como se executase al tercero dia de Pasqua en las gradas de la Exedra ó Coro²⁶, donde desde mi asiento hablaba al pueblo. Dispuse que estuviesen allí los dos hermanos en pie mientras se leia el memorial. Estabalos mirando todo el pueblo, hombres y mugeres, y veian al uno sin aquella terrible y extraña conmocion, y á la otra temblando en todos sus miembros. Y los que no habian visto á él, advertian el pro-

digio que habia obrado en él la misericordia divina; porque veian lo que en él debian agradecer á Dios, y lo que por ella le debian pedir. Habiéndose leído su memorial, mandé que se quitasen de allí delante del pueblo, y comencé á exponer mas circunstanciadamente aquel feliz suceso, quando estando yo en esta plática oímos otras voces de nuevas congratulaciones por la misma reliquia del Bienaventurado Mártir. Volviéron hácia allá los que me estaban oyendo, y empezáron á correr apresuradamente; porque Paladia luego que baxó de las gradas donde habia estado, se habia ido á encomendar al Santo Mártir. Y luego que tropezó con las rejas, cayendo asimismo en tierra, como en un sueño, se levantó sana. Estando yo preguntando qué era lo que habia sucedido, y la causa de aquel festivo rumor, entraron con ella en la Iglesia donde estabamos, trayéndola sana de la capilla del Santo Mártir. Levantóse en-

tonces tan extraordinario clamor y admiracion de hombres y mugeres, que parecia que las voces y las lágrimas nunca habian de cesar. Conduxéronla al mismo puesto donde poco antes habia estado temblando. Alegrabanse de verla vuelta semejante á su hermano los que se habian condolido antes de verla quedar tan desemejante. Y aunque no habian aun hecho su oracion por ella, con todo veian ya como tan presto habia oido Dios su previa y anticipada voluntad. Oianse las voces alegres en alabanza de Dios, sin pronunciar palabra, con tanto ruido que apenas lo podiamos tolerar segun nos aturdian. ¿Qué habria en los corazones de los que así se regocijaban, sino la fe de Christo, por la qual se derramó la sangre de San Esteban?

CAPÍTULO IX.

Que todos los milagros que se hacen por los Mártires en nombre de Christo dan testimonio de aquella fe con que los Mártires creyeron en Christo.

Estos milagros ¿de qué otra fe dan auténtico testimonio sino de esta en que se predica que Christo resucitó en carne, y que subió á los cielos con su propia carne? Porque aun los mismos Mártires de esta fe fueron Mártires, esto es, testigos, y dando testimonio á esta fe, sufrieron al mundo, acérrimo y cruel enemigo, y le vencieron, no resistiendo, sino muriendo. Por esta fe murieron los que pueden alcanzar estas singulares gracias del Señor, por cuyo santo nombre diéron sus vidas. Por esta fe precedió su admirable tolerancia, para que en estos milagros se siguiera esta tan grande potencia y virtud: porque si la resurreccion de la carne para